

Las ciencias políticas: reflexiones sobre estudios de opinión pública y economía política

Jorge I. Domínguez

Profesor. Universidad de Harvard.

Karl Deutsch, uno de los politólogos de más renombre de los años 50 a los 70 del siglo xx — quien, entre otros honores, había sido presidente de la Asociación Internacional de Ciencias Políticas y de su homóloga en los Estados Unidos—, afirmaba que las ciencias políticas eran una de las ramas de la medicina.¹ Deben contribuir a la resolución de conflictos internos e internacionales, reducir la probabilidad de las guerras, facilitar la convivencia entre personas disímiles y en desacuerdo, así como promover la cooperación nacional e internacional, para facilitar el logro de objetivos factibles y loables. Y, como médicos al fin, los politólogos también deben quedar sujetos al juramento de Hipócrates, sobre todo en lo referido a no causar daños.

Las ciencias políticas, en verdad, distan mucho de aproximarse a esa descripción, pero, reteniendo el símil, han logrado algunos avances en diagnósticos. Sus temas de trabajo son múltiples y variados, e igualmente sus métodos. En este breve artículo, llamo la atención sobre dos de sus campos de estudio donde se ha logrado cierto avance en los diagnósticos; es decir, hay conclusiones generalmente compartidas sobre la

descripción y el análisis de lo que ha ocurrido.² Esos diagnósticos podrían servir para una reflexión general sobre problemas contemporáneos pendientes en diversos países.

Hago, primero, un resumen de algunos aspectos metodológicos de los estudios de opinión pública, quizás la rama más desarrollada y de aplicación más general de las ciencias políticas. Estos estudios se fundamentan en la estadística aplicada. Este campo de trabajo fue en su inicio muy académico, pero el estudio de la opinión pública ya es una industria con cuantiosos ingresos económicos, impacto sobre el comportamiento de políticos y de los partidos, e importante instrumento para conocer la opinión democrática de un pueblo. Es útil, por consiguiente, recordar sus fallas metodológicas, que condujeron a graves errores de análisis, y el posterior aprendizaje que las subsanó y que permite utilizarla como fuente de conocimientos útiles para muchos fines, tanto académicos como prácticos. Los problemas metodológicos que señalo, además, no son únicos o exclusivos de los casos que reporto, sino de pertinencia general.

El segundo resumen proviene de lo que a veces se conoce como las ciencias políticas comparadas. El método suele ser más cualitativo e histórico. Así como en los estudios de opinión pública hay una importante tradición — que exige reconocer errores e intenta calcularlos en lo posible—, también en los estudios de ciencias políticas comparadas es preciso presentar el criterio que prevalece y también casos o experiencias anómalas que podrían ser el equivalente de informar sobre un error estadístico. En este artículo subrayo las conclusiones de fondo en el resumen de ciencias políticas comparadas, mientras hago hincapié en las reflexiones metodológicas en el estudio de la opinión pública porque se prestan más fácilmente para ello.

Ambos ejemplos coinciden en una misma observación: las ciencias políticas son terreno fértil. Hay un importante desarrollo conceptual y metodológico. Se rompen barreras nacionales que dificultan la comunicación. Se establecen equipos internacionales, entre iguales, de trabajo y análisis compartidos. Hay, por supuesto, discrepancias y múltiples crisis; pero en casi todos los casos estas aparentes dificultades aportan, a la larga, nuevos criterios, innovadoras concepciones, saludables correcciones y un espíritu dispuesto a emprender nuevas tareas del conocimiento político.

Los estudios de opinión pública

En el otoño de 1936, la revista *Literary Digest* pronosticó, sobre la base de encuestas de opinión pública, que Alfred Landon, candidato del Partido Republicano a la presidencia de los Estados Unidos, derrotaría al presidente Franklin D. Roosevelt en su primer intento de reelección. Roosevelt, por supuesto, fue reelegido por mayoría abrumadora.

En el otoño de 1948, la empresa encuestadora The Gallup Poll predijo que Thomas Dewey — en ese momento candidato del Partido Republicano a la presidencia estadounidense—, derrotaría a Harry S. Truman en la contienda electoral. El influyente periódico *The Chicago Tribune*, la mañana después de la elección, publicó en su primera página un gran titular: «Dewey Beats Truman», señalando su plena convicción de que Dewey sería el vencedor. Truman ganó la reelección. Hizo famosa una fotografía suya presentando al público la errónea primera página del *Chicago Tribune*.

En vísperas de la histórica elección mexicana de julio de 2000, múltiples encuestas de opinión pública — y todas las de las empresas de encuestas de mayor prestigio, incluyendo una con la que trabajé— vislumbraban una elección muy reñida, verdaderamente un empate técnico. Sin embargo, Vicente Fox, candidato

del Partido Acción Nacional (PAN), fue elegido presidente de México por un fácil y muy amplio margen.

Las encuestas de opinión pública suelen ser los aspectos más «científicos» de las ciencias políticas. ¿Cómo es posible que se cometan errores tan contundentes? ¿Para qué sirven las ciencias políticas si sus métodos son tan poco confiables, aun en el «mejor» de los casos, como es la «ciencia» de las encuestas? Las discusiones de metodología en el estudio de las ciencias políticas suelen ser soporíficas. Estos ejemplos señalan, sin embargo, la importancia de usar métodos confiables para lograr una labor de la calidad que deseamos.³ Cada gran error en la labor profesional de expertos en encuestas de opinión pública puede aportar nuevos conocimientos y mejorar las técnicas para posteriores esfuerzos. Esta tarea de autocritica y aprendizaje constituye un rasgo fundamental de la labor científica y, en su sentido más amplio, de toda actividad académica. Veamos, por tanto, qué ocurrió en esos tres ejemplos.

La encuesta del *Literary Digest* se hizo por teléfono. En medio de la catástrofe económica en los Estados Unidos (y en otros países) de la gran depresión de los 30, solamente personas con mucho dinero poseían teléfonos. La encuesta resultó ser fiel reflexión de las preferencias políticas de las clases adineradas, que abrumadoramente apoyaban al candidato republicano, pero representaban una minoría del electorado. Las encuestas telefónicas en países pobres tienen esos mismos defectos. Son fiel reflejo de los criterios de los dueños de teléfonos, no del público en general. Pueden ser muy útiles para quienes quieren conocer el mercado de artículos de lujo, pero no los posibles resultados de una elección nacional. Las encuestas telefónicas con fines de análisis político resultan confiables solamente en países desarrollados económicamente donde se democratiza la propiedad y el uso de teléfonos. En los países pobres tienen teléfono quienes tienen poder.

La encuesta de Gallup de 1948 falló por otra razón. Gallup dejó de hacer preguntas algunos días antes de las elecciones porque pensó que ya, tan avanzada la campaña electoral, habría pocos cambios de criterios y, por consiguiente, no se justificaría el esfuerzo y el gasto de efectuar otra encuesta. Esa elección demostró lo que después ya se ha comprobado en varias oportunidades, en diversos países y circunstancias: que una fracción importante del electorado — a veces suficiente para decidir quién gana y quién pierde—, decide cómo votará solo en los pocos días previos a la elección y, a veces, el mismo día. Un pronóstico electoral preciso requiere, por tanto, seguir preguntando hasta el mismo final. Los ciudadanos cambian de criterio según las circunstancias y sus evaluaciones. No son una «masa monolítica», ni mucho menos cotorras que simplemente expresan unanimidad.

En los estudios sobre opinión pública y comportamiento electoral en México, anteriores a la elección presidencial del año 2000, nunca hubo una diferencia estadísticamente significativa entre la distribución general de preferencias políticas en el electorado y la distribución de las preferencias de los votantes el día de la elección. Es decir, los ausentistas no provenían desproporcionadamente de un partido, y los más participativos tampoco predominaban en otro. En la elección presidencial mexicana del 2000, sin embargo, el nivel de participación electoral de quienes preferían a Vicente Fox fue muy superior al nivel de participación de quienes preferían a los candidatos de otros partidos. Se puede afirmar, por tanto, no solamente que Fox ganó la elección, sino también que el Partido Revolucionario Institucional (PRI), que gobernaba a México desde 1929, la perdió al ser incapaz de movilizar a su electorado con la eficacia de años anteriores. A partir de la elección del 2000, las encuestas en México que intenten pronósticos del perfil de los votantes tendrán que incluir un «filtro» de preguntas para determinar quiénes concurrirán a las urnas. Las personas de mayor activismo político no son necesariamente las más representativas de la distribución de la opinión pública en su totalidad.

Una extensión de esta reflexión sobre los métodos de las encuestas de opinión también nos ayuda a comprender por qué ocurren con alguna frecuencia importantes errores de apreciación de las preferencias públicas; lo que a veces se conoce como «doble moral», pero que también puede indicar, sencillamente, miedo a represalias. ¿Qué pasa cuando un partido político hace una encuesta de opinión pública? En muchos casos, el sesgo en las respuestas es extraordinario, es decir, el público contesta desproporcionadamente tal como cree que el entrevistador de ese partido político quiere que se conteste.

En las elecciones mexicanas del 94, el investigador Miguel Basáñez realizó un interesante experimento.⁴ Dividió una muestra electoral en la ciudad de México en cuatro segmentos. En los tres primeros, los entrevistadores se presentaron sucesivamente pretendiendo hacer una encuesta a petición de cada uno de los tres grandes partidos políticos, el PRI, el PAN, y el Partido de la Revolución Democrática (PRD), respectivamente. En el cuarto segmento de la muestra, sin embargo, los entrevistadores se presentaron indicando que trabajaban para la revista *Este País*. Tomando las respuestas de este último segmento como la base verídica, podemos constatar el sesgo insertado al identificar al entrevistador como alguien que trabaja para un partido. Como promedio, en cada uno de los otros tres segmentos, el apoyo al candidato presidencial preferido por el supuesto encuestador partidista se

multiplicó por dos. Por ejemplo, solamente el 36% del público en el segmento para *Este País* comunicó su intención de votar por el candidato presidencial del PRI, pero el 60% del segmento supuestamente para el PRI afirmó que votaría por el candidato priísta. Una distorsión similar ocurría cuando se preguntaba si las elecciones serían libres de fraude o cuál era su evaluación del presidente de México en ese momento. Este sesgo se limitaba a las preguntas sobre temas políticos; desaparecía cuando se preguntaba sobre otras cuestiones, inclusive los ingresos económicos personales.

Resultados similares aparecieron en un análisis de los estudios de la filial de Gallup en México en las elecciones presidenciales de 1988.⁵ Semanas antes, Gallup implementó una muestra nacional para estudiar las preferencias políticas en el contexto de la campaña presidencial. Preguntó sobre esto en dos formas. Una pregunta fue simple, directa y abierta: «¿qué candidato presidencial prefiere?». La otra seguía un procedimiento bien distinto: se le entregó una papeleta electoral, idéntica a la que se usaría el día de las elecciones, con los nombres de los candidatos y de los partidos, y con los símbolos de estos: «Ahora, solo para los fines de esta investigación, supongamos que hoy es el día de la elección y que Ud. está por votar por el próximo Presidente de la República. Lo que Ud. indique será completamente confidencial y se usará exclusivamente para esta encuesta. En esta papeleta marque el partido por el cual piensa votar para Presidente de la República y deposítelo en esta urna». Se presentó entonces una urna similar a la que se usaría el día de la elección; el entrevistado depositó su papeleta y selló la urna.

Casi la mitad de los entrevistados que afirmaron —a través del simulacro de la urna secreta— que votarían por uno de los dos principales candidatos de la oposición, Cuauhtémoc Cárdenas, encabezando una coalición de pequeños partidos de izquierda, o Manuel Clouthier, del PAN, contestaron algo distinto cuando se les hizo la misma pregunta de manera directa y abierta, sin promesa de confidencialidad. Casi la mitad de los votantes con intención de respaldar a la oposición indicaron que votarían por el candidato oficial del PRI, Carlos Salinas de Gortari, o señalaron que todavía no sabían por quién votarían, o simplemente se negaron a contestar.

En el contexto de la elección mexicana de 1988, la principal interpretación de esta gran discrepancia en las respuestas, según la formulación de la misma pregunta, fue el miedo, es decir, el temor de que el entrevistador fuera un agente encubierto del gobierno mexicano, que emplearía esta información para reprimir a quienes se identificaran como simpatizantes de la oposición.

Una aproximación más directa al problema de la «doble moral» se hizo en otra encuesta de Gallup-

México, esta para la elección parlamentaria de 1991.⁶ Se preguntó al entrevistado si creía que las otras personas que contestarían las preguntas de la encuesta serían honradas; un 20% afirmó que las respuestas de los demás serían deshonestas. Se preguntó también si los entrevistados confiaban en la promesa enunciada por el encuestador en el sentido de que se garantizaría el anonimato de las respuestas del entrevistado; un 18% desconfiaba de esa promesa.

Los problemas de la «doble moral» y de la preocupación de los entrevistados por las posibles represalias de algún partido político o del gobierno presentan una grave dificultad para cualquier estudio académico de la opinión pública. Más grave, por supuesto, es que estos problemas llaman la atención sobre una lacra en la misma sociedad, en la relación entre seres humanos, y entre el Estado y la ciudadanía. Un país de mentirosos no es un país libre.

Pero, en última instancia, ¿para qué sirve el estudio de la opinión pública? Comúnmente, para el análisis electoral. En los Estados Unidos, por ejemplo, el conocimiento de solo tres variables basta para pronosticar el comportamiento electoral del 80% de los votantes. Esas tres variables son: clasificación racial, identificación con un partido político, y evaluación del desempeño del presidente.⁷ El resultado general de las elecciones durante la segunda mitad del siglo XX se pudo pronosticar, con escasamente un 3% de error estadístico, como función también de tres variables: clasificación racial, identificación con un partido político y evaluación del pasado y futuro del comportamiento de la economía nacional.⁸

Algo similar se logra en estudios sobre el comportamiento de los votantes en Europa occidental. Estudios comparativos en Alemania, España, Francia, Italia, y el Reino Unido señalan que cuatro variables bastan para explicar el comportamiento de los ciudadanos en estos países en diversas elecciones nacionales. Esas cuatro variables son: clase social, religiosidad, ideología, y evaluación del pasado y futuro del comportamiento de la economía nacional. El peso específico de cada una cambia de país en país, pero su conjunto explica los resultados electorales en los principales países de la Unión Europea.

Igualmente en México, a partir de la elección presidencial del 88, tres variables pronostican eficazmente los resultados electorales: la identificación con un partido político, la evaluación del desempeño del presidente de la República, y la evaluación del posible futuro de la economía mexicana.

Estos estudios permiten a políticos y sus partidos decidir cómo invertir sus esfuerzos para incidir sobre la exigua minoría del electorado que pueda cambiar su criterio. La elección presidencial mexicana de 2000, por ejemplo, fue la primera en que hubo un impacto

específico de la evaluación de los candidatos (no solamente de los partidos) por parte del electorado, lo que favoreció a Vicente Fox. Los medios masivos de comunicación, y en particular la televisión, tuvieron también impacto sobre el comportamiento electoral. Entre el 12 y el 15% del electorado mexicano cambió de criterio durante los meses de campaña, un nivel que es el triple del impacto de la campaña presidencial en los Estados Unidos y más del doble del margen de victoria de Vicente Fox sobre Francisco Labastida. El eficaz uso de las encuestas de opinión pública puede guiar a un candidato y a un partido político al triunfo electoral.⁹

Por último, vale la pena destacar que estudios en estos países indican que las evaluaciones sobre la economía nacional pesan más sobre la formación de criterios políticos que las de la economía personal o familiar. Por supuesto, la gente se queja de sus malas circunstancias personales, pero posee diversas formas de analizarlas y resolverlas; solo algunas de esas formas son acciones políticas. El comportamiento político sobre la base de los resultados económicos suele tener, por tanto, una orientación nacional.

El estudio de la opinión pública sirve para muchas otras cosas. La más importante es facilitar un diálogo entre dirigente político y ciudadano. El primero escucha y orienta; el segundo escucha también, opina, y apoya o rechaza. Los estudios de opinión pública rescatan a la democracia de sus activistas, en diversos países, bajo muy diversos sistemas políticos; dejan entrever que estos activistas provienen siempre de las capas más educadas de la población, subestiman las necesidades vivenciales de otros sectores, y distorsionan las preferencias políticas de la ciudadanía.¹⁰

La encuesta de opinión pública es tanto un instrumento de estudio como un medio que ayuda a construir la democracia, porque identifica las preferencias de la mayoría y de la minoría, la variabilidad de opiniones, la intensidad de criterios, y la extensión y profundidad de la información. La identificación de los criterios de la ciudadanía no les corresponde a los gobernantes; sino a los ciudadanos, y las encuestas constituyen una de las formas más eficaces para ello.

La economía política del desarrollo

A mediados del siglo XX, los países del este de Asia estaban entre los más pobres del mundo. Según el indicador del Producto Interno Bruto (PIB), eran más pobres, per cápita, que casi todos los países latinoamericanos, y más aún que algunos países africanos. En 1957, por ejemplo, el per cápita de los siguientes países, entre otros, era superior al de Taiwán y Corea del Sur: Ghana, Albania, Honduras, El

Salvador, Guyana, Jamaica, África del Sur, Bulgaria y Cuba.¹¹ Cuatro décadas después, Taiwán y Corea del Sur excedían, con mucho, los resultados económicos de estos y otros países. En 1998, el PIB de Corea del Sur era más de tres veces superior al del país más rico de los citados para 1957 — un año después de su terrible descalabro económico—, y excedía el de todos los países latinoamericanos. Igualmente impresionantes eran los indicadores sociales. Ya en 1985 Corea del Sur adelantaba a todos los países latinoamericanos en términos de la matrícula neta de estudiantes en secundaria; para 1995, ocupaba el primer lugar de países del mundo en ese indicador. En 1999, Singapur, Corea del Sur, y Taiwán ocupaban los tres primeros lugares en una competencia mundial de matemáticas, muy por encima de todos los países latinoamericanos.¹² ¿Qué pasó durante ese medio siglo en el este de Asia?

Un país particularmente interesante se resume en la siguiente descripción: era una isla relativamente pequeña, de clima semitropical que, a mediados del siglo XX, exportaba azúcar y muy pocas otras cosas. Su vecino del norte era particularmente hostil, obligando al gobierno de la isla a armarse hasta los dientes, ante los temores de una posible invasión militar de su adversario. Buscaba aliados poderosos, el más importante de los cuales quedaba muy lejos. Sus principales aliados internacionales, de cultura e idioma extraños, resultaban imprescindibles para contrarrestar el desequilibrio político-militar en su entorno geográfico. Un estado de guerra casi permanente incidió sobre su sistema político y social. Gobernaba la isla un partido bien disciplinado, de linaje leninista en su organización interna, preparado tanto para ejercer el poder político monolítico como para movilizar la defensa militar de la nación. Este partido poseía una ideología firme y orgullosamente nacionalista, de reivindicación patriótica, pero también de importante contenido social. Realizó una extensa y profunda reforma agraria e invirtió extraordinarios recursos en la transformación del sistema educacional. Su sociedad se transforma en parte por la emigración de una proporción importante del pueblo, creando una diáspora. Esa isla se llama Taiwán.

La transformación económica, social y política de Taiwán durante la segunda mitad del siglo XX es uno de varios ejemplos de esa región que plantean determinadas interrogantes en la economía política contemporánea. El paladín de la transformación económica en el este del Asia fue, por supuesto, Japón, seguido por Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur y, más recientemente, por otros en el sudeste de Asia. Durante las dos últimas décadas del siglo XX, esa transformación económica se extiende a China y Vietnam. A pesar de graves crisis económicas hacia fines de los 90, los cambios económicos en esta parte del

mundo fueron realmente impresionantes y demuestran algunas conclusiones analíticas importantes.¹³

La historiografía de mediados de siglo XX en los Estados Unidos y Europa occidental intentaba explicar el trágico subdesarrollo de los países del este de Asia como consecuencia de las características de la cultura sónica, es decir, una explicación lo suficientemente amplia para incluir tanto a China como a países bajo su influencia, como Corea y Vietnam. Otra vertiente de esa historiografía distinguía marcadamente entre las características culturales y estructurales de China y Japón, explicando así el mayor potencial transformativo japonés.¹⁴ Estas hipótesis habían sido generalmente descartadas para fines del siglo XX debido al amplio desarrollo de toda la región. Ha sido una demostración dramática de que una hipótesis cultural puede ser falsa.

A pesar del triunfalismo capitalista de fin de siglo XX, la experiencia de la gran mayoría de los países del este de Asia demuestra la importancia del Estado para el desarrollo económico. No fue la «magia del mercado» lo que transformó la economía japonesa bajo los emperadores de la etapa Meiji, ni lo que explica la rápida recuperación y desarrollo de la economía nipona de fines de los 40 hasta los 80. Si bien un marco de economía de mercado fue ciertamente imprescindible, ha sido, sin embargo, el Estado el responsable por la reorganización y dirección eficaz de la economía nacional. El papel rector del Estado en la transformación económica —utilizando los mecanismos de una economía de mercado—, y social se observa en países con características tan disímiles como Corea del Sur, Singapur, Malasia, y la República Popular China en los años posteriores al maoísmo.

Es preciso no ser dogmático en esa conclusión e informar sobre el equivalente del «error estadístico» en el análisis. El desarrollo económico de Hong Kong antes de su retorno a China, estuvo entre los más impresionantes del mundo, a pesar de la carencia de un papel rector de la economía por parte del gobierno. La función del Estado, además, no es siempre igualmente eficaz, comparando a cada país con su propia historia. La rectoría económica del Estado japonés dejó de ser eficaz en los 90, así como la del Estado en la República Popular China fue funesta hasta fines de los 70. Como regla general, en el este del Asia el Estado desempeñó un papel importante y positivo para desarrollar la economía dentro de un marco de mercado.

El desarrollo no se desprende exclusivamente de las meras variables económicas. El papel del Estado en esta área importa precisamente por su atención a ciertas variables no económicas. Como ya señalé en el caso de Taiwán, estos gobiernos invirtieron también en reformas sociales, con notables consecuencias a largo plazo para el desarrollo económico y social. En la República Popular

China, Taiwán, Corea del Norte, Corea del Sur y Japón, por ejemplo, hubo una reforma agraria extensa y profunda. En Japón y Corea del Sur, la reforma agraria se aplicó bajo los auspicios de la ocupación militar norteamericana en ambos países. Cito estos ejemplos porque son los más importantes, aunque no los únicos, para subrayar que la ejecución de una política de reforma agraria fue común en la región, en ambas partes de países divididos, bajo regímenes económicos, sociales y políticos distintos y hostiles entre sí, y aun bajo los auspicios de los Estados Unidos, cuyo gobierno no tiene fama de cariñoso con las reformas agrarias.

Las reformas agrarias más eficaces liberan al campesinado de la humillación, control y tutela feudal. Los autorizan y facultan para tomar sus propias decisiones, cultivar lo que estimen pertinente, participar en la economía de mercado, o emigrar y vender sus tierras si así lo desean. La reforma agraria es particularmente eficaz y productiva si la tutela feudal no se reemplaza por la estatal.

Sin embargo, no todas las reformas agrarias tuvieron resultados positivos de inmediato para dinamizar el desarrollo económico, ni su impacto es similar en todas partes. La República Popular China sufrió hambre a fines de los 50 y en diversos momentos durante las dos siguientes décadas. El extraordinario auge de la economía china arranca, precisamente, de las políticas adoptadas en 1978. El campesinado chino alimenta al país y se convierte en el eje de su dinámico crecimiento económico en el último cuarto de siglo. Las reformas agrarias en Japón, Corea del Sur, y Taiwán tuvieron impactos indirectos sobre lo que eventualmente sería una notable transformación hacia una economía industrial y de servicios.

El Estado invierte también en el desarrollo educacional de los países del este de Asia. Estos aparecen ya entre los más educados del mundo. Tal hazaña modernizó a cientos de millones de personas. La eficacia de la enseñanza en matemáticas y ciencias en los países del este de Asia ha sido uno de los grandes triunfos «mentales» de las últimas décadas del siglo xx. Este éxito lo han compartido países de muy diversa organización política y social, como China Popular, Vietnam, Taiwán, y Corea del Sur.

La educación es uno de los factores más importantes que explica las pautas de crecimiento económico o su ausencia a largo plazo. Los países que más han invertido en educación en Norteamérica, Europa occidental, y el este de Asia, son los que logran un desarrollo más eficiente, sostenido y persistente.

La mera inversión en educación, sin embargo, parece insuficiente para desencadenar el crecimiento económico. Si ampliamos el marco de la discusión — aunque solamente para incluir a otros países asiáticos,

a mediados del siglo xx— encontramos los más altos niveles de educación en lugares como Ceilán (ahora Sri Lanka), y Kerala, estado del sur de la India. Sin embargo, el desarrollo económico de la India ocurrió más en otros estados de la Unión India, y Sri Lanka cayó eventualmente en una interminable guerra civil, factor enemigo del desarrollo económico. El partido comunista que gobernó Kerala por muchos años no supo cómo promover su desarrollo económico, a pesar del relativamente alto nivel de educación de la población. Es preciso notar, sin embargo, que partidos comunistas pueden gobernar la economía con acierto y eficacia. El de la India, que ha gobernado Bengala Occidental también por muchos años, ha aplicado una política de desarrollo educativo y social, y al mismo tiempo sentado las bases para un mayor crecimiento económico. El factor clave en Kerala y Bengala Occidental no fue, por tanto, el mero hecho de gobierno de un partido comunista, sino las políticas específicas adoptadas por los comunistas en dos contextos específicos. Y, como punto más general, el desarrollo económico no se desprende automática y mecánicamente de la inversión en educación. Se requiere, por lo general, en estos países asiáticos, que el Estado autorice y estimule los mecanismos de una economía de mercado para permitir el pleno uso productivo de los nuevos recursos mentales adquiridos.

Finalmente, un factor menor, pero no carente de importancia para el desarrollo de los países del este de Asia, ha sido el papel de sus diásporas. La gran familia taiwanesa transnacional ha devenido un elemento dinámico en la expansión global de sus empresas. El auge de la exportación de la República Popular China ocurre, en sus comienzos, por Cantón (Guandong), en parte utilizando la red de la diáspora cantonesa — y el dialecto cantonés— como mecanismo de coordinación económico-social a través del mundo.

Particularmente interesantes han sido las políticas de «creación» de diásporas que impulsaron gobiernos tan disímiles como el de la República Popular China y Corea del Sur. Ambos promueven estudios de maestría y doctorado en otros países — principalmente en los Estados Unidos—, como método para aprender nuevas técnicas de diversa índole y acelerar así la transferencia y transformación del conocimiento. Oleadas de coreanos — y más recientemente, de chinos— ingresan masivamente en los programas de posgrado de las universidades norteamericanas. Estudian de todo, aunque principalmente ciencias naturales y ciencias sociales, incluyendo las políticas.

En ambos casos, una proporción importante de chinos y coreanos decide no retornar a su país de origen, a pesar de que muchos recibieron una educación gratuita. Por lo general, tanto el gobierno chino como

el coreano aceptan estas decisiones personales en tanto un costo que debe esperarse como resultado de las políticas vigentes. Es suficiente el número de los que retornan. Pero, además, ambos gobiernos comprenden que las nuevas diásporas creadas no son necesariamente hostiles hacia el país de origen — ni siquiera frente a sus gobiernos— y contribuyen a su desarrollo económico, porque desempeñan el papel de coordinación, de puente económico (incluyendo capital de riesgo para la inversión), social y científico, similar al de los pioneros taiwaneses y cantoneses. El Estado crea las diásporas, no como subproducto de una contienda política, sino como estrategia consciente y productiva para estimular la dimensión internacional del crecimiento económico.

Ese último punto es, por supuesto, una clave del desarrollo económico de los países del este de Asia. Sin excepción, los países exitosos adoptaron una estrategia de desarrollo que dependía de una economía exportadora. Resultó imprescindible utilizar mecanismos de mercado para lograr la calidad y competitividad necesarias. El contraste de la experiencia económica en la República Popular China, carente de desarrollo en sus primeras tres décadas, y generadora de un dinámico desarrollo en las dos siguientes, no se debe a la reforma agraria, ni al sistema educativo — constantes a través del tiempo— sino al giro de su política económica a fines de los 70 para enfatizar el comercio exportador, lo que convirtió a China Popular en uno de los países más involucrados en el mercado internacional. Y gracias a su activa participación en la globalización, resultó ser más fuerte y soberana.

El contraste del desarrollo económico entre las dos Coreas se explica no a partir de diferencias culturales, prácticamente inexistentes, o del papel del Estado — fuerte y eficaz en ambas zonas de la península, propulsor de la reforma agraria y del alfabetismo—, sino por la selección de sus políticas: supuestamente autosuficiente en el caso de Corea del Norte y exportadora en el de Corea del Sur.

Taiwán, esa pequeña isla azucarera, con un hostil vecino en el norte, no estuvo condenada al permanente subdesarrollo, ni se subordinó a su enemigo. La exportación fue su instrumento de crecimiento económico, método para mejorar el nivel de vida de su pueblo próspero, educado, saludable, y apoyo fundamental de su independencia política.

Notas

1. Las obras más importantes de Karl Deutsch fueron *The Nerves of Government: Models of Political Communication and Control*, The Free Press, Nueva York, 1966; y *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationality*, M.I.T. Press, Cambridge, 1966.

2. Agradezco el apoyo del Weatherhead Center for International Affairs, de la Universidad de Harvard.

3. Entre las diversas revistas dedicadas al estudio de estos temas se destacan *Public Opinion Quarterly*, *Electoral Studies*, y la labor del World Association for Public Opinion Research (WAPOR).

4. La fuente de esta discusión es la obra de Miguel Basáñez, evidente en MORI de México/*Este País, Sondeo Semanal*, 1 de junio de 1994. Véase también Miguel Basáñez, «Las encuestas experimentales y la elección presidencial», *Este País*, n. 40, México, D.F., julio de 1994, pp. 14-5.

5. Jorge I. Domínguez y James A. McCann, *Democratizing Mexico: Public Opinion and Electoral Choices*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1996, pp. 222-31.

6. *Ibidem*, p. 230.

7. Steven E. Finkel, «Reexamining the 'Minimal Effects' Model in Recent Presidential Campaigns», *Journal of Politics*, a. 55, n. 1, University of Texas, 1993, pp. 2-3, 11.

8. Gregory B. Markus, «The Impact of Personal and National Economic Conditions on the Presidential Vote: A Pooled Cross-Sectional Analysis», *American Journal of Political Science* a. 32, n. 1, University of Wisconsin, 1988, pp. 137-54.

9. La información y el análisis sobre México se basa en los resultados de investigación de un equipo internacional que, en orden alfabético, incluye a Miguel Basáñez, Roderic Camp, Wayne Cornelius, Jorge Domínguez, Federico Estévez, Joseph Klesner, Chappell Lawson, Beatriz Magaloni, James McCann, Alejandro Moreno, Pablo Parás, y Alejandro Poiré. Fue apoyado por el U.S. National Science Foundation (SES-9905703) y por el periódico *Reforma* de la Ciudad de México. Una versión preliminar de estos trabajos se presentó en el Weatherhead Center for International Affairs, Universidad de Harvard.

10. Uno de los estudios más sistemáticos de esta problemática es el de Sidney Verba, Norman Nie y Jae-on Kim, *Participation and Political Equality: A Seven-Nation Comparison*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978.

11. Datos provenientes de Bruce Russett et al., *World Handbook of Political and Social Indicators*, Yale University Press, New Haven, 1964, pp. 155-7.

12. Partnership for Educational Revitalization in the Americas, *Lagging Behind: A Report Card on Education in Latin America, 2001*, Inter-American Dialogue, Washington, D.C., 2001, pp. 28-9, 32.

13. Véase, entre otros, Chalmers Johnson, *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy, 1925-1975*, Stanford University Press, Stanford, 1982; Ezra Vogel, *Four Little Dragons: The Spread of Industrialization in East Asia*, Harvard University Press, Cambridge, 1991; Ezra Vogel, *Japan as Number One: Lessons for America*, Harvard University Press, Cambridge, 1979; Alice Amsden, *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization*, Oxford University Press, Nueva York, 1989; Alice Amsden et al., *Taiwan's Enterprises in Global Perspective*, M.E. Sharpe, Armonk, N.Y., 1992.

14. Véase John Fairbank, Edwin Reischauer, y Albert Craig, *East Asia: The Modern Transformation*, Houghton Mifflin, Boston, 1965.

© ~~INTERNAS~~, 2002.